

Cordelia

Volumen 11

Agosto de 1913

Número 12

Publicación mensual
dedicada a la mujer costarricense.

Director,
José Fabio Garnier



DOÑA ESMERALDA GUTIERREZ y. DE MORALES

CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

SUMARIO del presente número

Esmeralda v. de Morales	<i>Tranquillino Sáenz</i>
Los temperamentos	<i>Angelina Bagantes</i>
Unas manos que no deseaban ser blancas....	<i>Carmen Lira</i>
Amor.—El Intruso.—Desde lejos	<i>Delmira Agostini</i>

Doña Esmeralda Gutiérrez v. de Morales

Señor Director de CORDELIA:

Hace hoy justos cuatro años que la Junta de Caridad de Heredia celebró una tan modesta como simpática fiestecita en el Hospital de San Vicente de Paúl, para colocar con la solemnidad debida, en un honroso lugar de aquel establecimiento de beneficencia, el retrato de la estimable matrona que hoy exorna la primera página de CORDELIA.

Era precisamente época de propaganda política, los ánimos se hallaban agitados, las pasiones estaban exaltadas. Con todo y eso, el local en aquel acto se llenó de concurrentes de todos los bandos políticos, atraídos por lo noble y elevado de aquella fiesta. El encargado de descubrir el retrato en nombre de la Junta empezó su alocución con este símil tan oportuno entonces como ahora: «Así como el fatigado viajero que cruzando los ignotos arenales del desierto, juguete a veces de falaces espejismos o víctima del sofocante calor, cuando agobiado por la sed que le abrasa, siente delicia infinita, bienestar reparador, al llegar al hospitalario oasis que le brinda nutritivo alimento, agua fresca y saludable, deliciosa y confortable sombra; nosotros que estamos

en el momento actual peregrinando por la no menos candente arena de la política, llegamos hoy sedientos de paz a apagar la sed que nos devora, a refrescar nuestros sentimientos e ideas en este oasis de la Caridad; es decir, del amor, templo santo, donde se guardan como en el Santa-Santorum de los Hebreos, los sentimientos más elevados de la humanidad. Abramos un paréntesis de descanso en la contienda política para congregarnos todos, como hermanos, a honrar los triunfos de la beneficencia, empresa mil veces mas noble, mas humana, mas propia de seres racionales, educados en los sabios principios de la cooperación solidaria».

En aquella fiesta se puso en exhibición el retrato de doña Esmeralda Gutiérrez v. de Morales, pudorosa benefactora que practica el principio cristiano de que la mano izquierda no ha de apercibirse de lo que hace la derecha, cuando de caridad se trata, y hoy yo, deseoso de que el buen ejemplo sea conocido para que surjan los imitadores, solicito de Ud., señor Director de CORDELIA, reservarme un lugar en la publicación favorita del bello sexo para el retrato en referencia y para estas líneas dedicadas a una

señora acreedora de esta distinción.

Yo bien se que da Ud. preferencia en ella a las primicias de la femenil inteligencia sobre las palpitations del corazón, a la ilustración sobre los sentimientos generosos que forman el modo de ser peculiar de la mujer; pero también me consta que su criterio elevado sabe apreciar el diamante, así se encuentre en bruto. Por ello ruégole autorizar en el presente número esta ligera desviación en la orientación seguida hasta hoy, siquiera sea por la oportunidad de la fecha, puesto que hoy vuelve a celebrarse la festividad de San Vicente de Paúl en el Hospital dicho.

Este retrato merece ser reproducido en CORDELIA porque es el de la estimable viuda del que fué don Braulio Morales, benefactor generoso que protegió con esplendidez cuanto significó adelanto material para la Provincia de Heredia; y si dada la proverbial ingratitud con que se suele corresponder a los actos meritorios llegásemos a olvidar su nombre, allí estarán para recordárnoslo, la Escuela «Braulio Morales» que está construyendo la Junta de Educación, el Hospital de Huérfanos que recibió del extinto, generosa ayuda, la Basílica de Heredia que en su decoración interior conserva el nombre del señor Morales con el de otros notables caballeros heredianos; y en fin, los muros del Hospital que no estarían erectos sin la actividad y desprendimiento de un Esteban Echeverri, un Joaquín Lizano, un Juan J. Flores y un acaudalado Braulio Morales.

«Las tradiciones de las familias honradas, ha dicho un eminente escritor, obligan a sus descendientes a observar una conducta ajusta-

da al deber como prueba de estima a las altas virtudes del progenitor». Este ha sido el caso en la estimable familia Morales. Siguiendo la tradicional generosidad del jefe de la casa, la matrona cuyo retrato publica CORDELIA, ha probado con la elocuencia de los hechos, en cuanto aprecia las altas virtudes que a don Braulio adornaban y el Hospital de Heredia, favorecido con el valioso donativo de una manzana de terreno que reducida a dinero rindió mil setecientos colones, pudo en momento oportuno, atender a compromisos que sobre él pesaban y favorecer su servicio interior con la instalación del alumbaado incandescente, mejora que sugirió é hizo que se llevara a feliz término la distinguida matrona doña Esmeralda v. de Morales.

Personas hay tan modestas que declinan todo honor público y se apenan cuando la gratitud despliega nuestros labios para encomiar su generoso proceder. A esta clase pertenece la matrona a que aludimos y solo su tolerancia que es igualmente grande, nos da audacia para presentarla como ejemplo digno de imitación.

No olvidemos que la publicidad cuida de dar a conocer crímenes, de descubrir escándalos, que se da maña en enfocar la mirada general sobre iniquidades que debieran ocultarse con el mayor cuidado, que rebusca los móviles secretos que han obrado en el ánimo de los hombres para captarse el desprecio de sus semejantes; y si esto es así, estamos en el deber de oponer, cuando el caso lo demande, a los malos ejemplos, los hechos que exhiben secretas virtudes, a vicios misteriosos, obras edificantes, al escándalo y al daño al prójimo, los rasgos de

generosidad que entrañan un amor profundo a los desheredados de la fortuna. Como medida de reparación moral, hemos de despertar el culto del bien; éste ofrece encantos de un orden elevado; sus acciones a veces revisten interés dramático. Una observación confirmada por la experiencia es la de que las personas desprendidas poseen, por lo común, un carácter firme, que ha sido templado para el bien, en la fragua de la adversidad, tal como el acero toledano que de la transición rápida del excesivo calor al frío, saca su brillo y fortaleza.

Doña Esmeralda v. de Morales tuvo que pasar por durísima prueba en su último viaje a Europa, en el que tuvo la desgracia de perder a su amado esposo. De esa prueba salió mas compasiva, mas humanitaria, hallóse en condición de poder apreciar con exactitud lo horrible de la desolación y de desplegar la fortaleza de ánimo necesaria para afrontar la adversidad cuando nos acosa en toda su desnudez. Cuántas congojas no soportó con cristiana resignación en aquel rudo golpe! Abnegada, valiente, llena de resignación mostró entereza de ánimo bastante para hacer embalsamar los preciosos restos y traerlos en su compañía hasta darles sepultura en el mausoleo de la familia. Y todo eso, sin desmayos, sin desalientos, sin dejarse abatir por tan rudo golpe soportado heroicamente en una tierra extraña.

Las almas grandes salen de los estados de prueba, mas dispuestas a practicar el bien por compasión a los que sufren, a quienes están en condición de poder considerar y si la fortuna les sonríe, si tienen la manera de hacer el bien con esplendidez, quién será aquel que no

tenga alabanzas para la mujer rica que sabe emplear sus rentas en favorecer a los necesitados, a los enfermos, a los desgraciados? No es esta misión mas digna de encomio que la de los guerreros y conquistadores de que están llenas las páginas de la Historia?

Pero hacer el bien no es patrimonio exclusivo de los potentados. Unos poco y otros mucho, pero todos estamos capacitados para hacer algo en pro del bienestar público. El bien como el mal son contagiosos; nadie, si se tienen en cuenta sus recursos, puede pretextar que es impotente para el bien, lo cual implicaría que es una rueda inútil, en el mecanismo social. La visita oportuna, el consejo amistoso, la compasión y el auxilio limitado, están al alcance de todas las fortunas y en todos estos casos, la buena intención es de gran efecto si se tiene en cuenta que hace mas el que quiere que el que puede.

Loor a las heroínas de la Caridad que fundan sus glorias en ser el paño que enjuga las lágrimas del que sufre, las compañeras de los enfermos, el consuelo de los desamparados! Después de su muerte son aún bienhechoras por el ejemplo y las almas nobles al recuerdo de sus hechos, siguen su luminosa huella y perpetúan sus virtudes.

Procuramos, pues, amigos del bien, ir siempre unidos por la estrella de luz que nos hace seguir la senda recorrida por los benefactores de todas las escalas sociales, de todas las naciones y de todos los tiempos.

Me consta que la distinguida matrona se resentirá de que manos profanas hayan descubierto el velo que encubre sus virtudes. Empero, su bondad sabrá disimular este abu-

so y la amistad con que el Director de CORDELIA me honra, hará publicar el retrato en referencia, para que se cumpla el versículo de la mujer fuerte del Evangelio: «Le-

vantáronse sus hijos y la aclamaron su bienhechora».

TRANQUILINO SÁENZ

Heredia, julio 19 de 1913.

Los temperamentos

El temperamento es el genio, índole o condición especial de un individuo, que se da a conocer por demostraciones externas. Es el conjunto de tendencias que caracterizan a los individuos y que determinan en ellos inclinaciones en tal o cual sentido. Esta es la definición adaptable a la manera como nosotros percibimos y nos damos cuenta de su existencia, es, como si dijéramos, una definición psicológica de ella.

Ya desde muy antiguo, entre otros, Hipócrates y Aristóteles hicieron estudios acerca del origen de los temperamentos e inventaron teorías explicativas de ellos, llegando a sostener que esa disposición natural del individuo tenía su fundamento en la influencia que sobre él ejercía de modo predominante alguno de los humores fundamentales, que eran, la sangre, la pituita y la bilis. Esta se llamó teoría Humorista.

Avanzando el tiempo nuevas teorías se expusieron; fisiólogos, psicólogos y médicos, se enfrentaron al complicado problema que se les presentaba, forjando teorías cada uno a su manera. No voy a hacer una exposición de todas las que se han imaginado, eso sería trabajo muy extenso, me limitaré simplemente a exponer en sus caracte-

res generales, las que me parecen más interesantes. La teoría humorista cayó cediendo su lugar a otras que enseguida surgieron. Una de tantas es aquella que hace depender el temperamento de la particularidad especial del sistema nervioso, y lo definen diciendo que «es la constitución especial de ese sistema, según la cual el hombre piensa, siente y quiere». De este criterio fueron Kant y Müller al decir: «que los temperamentos no dependen más que de la mayor o menor disposición a las emociones o pasiones que nacen de la excitación o de la contrariedad de las inclinaciones».

La teoría que pudiera quizá llamarse biológica, es tal vez la que va más al fondo de la cuestión, presentando el problema en toda su complejidad; conduciéndonos al mismo tiempo a la conclusión de que los adelantos de la ciencia aun no nos permiten darnos una explicación satisfactoria del origen o causa de los temperamentos. Es la teoría de Fouillée, que los explica por los cambios íntimos del protoplasma; en los procesos metabólicos y catabólicos de las células. Báste-me decir, para que se vea lo difícil que sería explicarse de ese modo los temperamentos, que los procesos de metabolismo y catabolismo,

no los conocemos bien; el procedimiento por el cual las materias que ingerimos se convierten en elementos vivientes, es un misterio. Ahora, cómo podríamos asegurarnos de la solidez de un edificio si no se conoce el material que le sirve de base?

Se ha tratado también de explicar los temperamentos diciendo que son el resultado para el organismo, del predominio de un órgano o de un sistema. Es decir; en todo caso se ha querido explicarlos, tomando como punto de partida la constitución anatómica y fisiológica del organismo. Quizá desde los primeros tiempos esa ha sido la ruta seguida, pero es lo cierto que todas esas hipótesis, todas esas teorías no son mas que simbólicas; nosotros no conocemos los temperamentos sino por sus resultantes psicológicas.

Apesar de todo, la clasificación de los temperamentos en sanguíneos, biliosos, nerviosos y linfáticos, se ha mantenido a través de los tiempos, quizá como un recuerdo histórico de las primeras teorías formuladas, porque en la manera moderna de ver el asunto, esos grupos corresponden a tipos psicológicos determinados hasta cierto punto y no a constituciones anatómicas y fisiológicas como aquella clasificación suponía. Es verdad que todas nuestras facultades, toda nuestra psicología tiene relación con nuestro ser físico, sin aquellas no podrían existir éste, pero es así mismo indudable que las diversidades de constituciones no se nos manifiestan de una manera precisa y observable, mas que por sus manifestaciones psicológicas.

Los retratos que han pretendido hacerse de un temperamento, por la observación fisiológica, se desmienten con la experiencia; por eso

diré con Müller que no es del predominio de un sistema orgánico de donde se pueden deducir las particularidades del alma que caracterizan los temperamentos; y que en general las tentativas que se han hecho a fin de asegurarles una complejidad particular, han fracasado.

En los temperamentos debemos considerar dos elementos: los naturales, que deben buscarse en el entrelazamiento de las trasmisiones hereditarias y ciertas influencias que sufre el embrión en su desarrollo y los adquiridos que se forman por la persistencia de impresiones accidentales, las cuales modifican el temperamento innato. Las modificaciones mas profundas de los temperamentos se deben a las enfermedades, clima, régimen de vida y trabajos habituales del cuerpo y del espíritu. El temperamento es, pues, modificable y es natural su transformación porque esa es la ley que rige al universo y a la cual está sujeta la vida. No soy de los que creen con Payot que los seres al nacer, son como si dijéramos neutros, y que la educación es la que los forma; no, eso es contradecir las experiencias de la ciencia que bien nos han comprobado que las leyes de la herencia son inevitables y fatales.

Nosotros conservaremos la clasificación ya mencionada, de temperamentos sanguíneos, biliosos, nerviosos y linfáticos, atribuyendo por supuesto, a esas expresiones un valor psicológico, según la manera de proceder del individuo, ya violento e impetuoso en los primeros casos, ya tímido en el tercero o indolente y perezoso en el cuarto.

Como lo que a nosotros los maestros nos interesa es el conocimiento de los medios educativos adaptables

a cada temperamento, procedamos ahora de acuerdo con la clasificación dada, a determinarlos. Pero antes que todo, que punto de partida tomará el maestro para darse cuenta del temperamento de sus alumnos? Sin duda alguna, sirviéndonos de base lo dicho, no podrá sino atenerse a los rasgos psicológicos de su discípulo; ponerse a trazar tipos y fisonomías fisiológicas para determinar el temperamento, como por ejemplo decir: el sanguíneo tiene el semblante así, los ojos así, eso es sencillamente ridículo. El maestro se dará cuenta del temperamento de cada uno de los estudiantes, mas o menos pronto según su perspicacia, mediante la observación constante de todas sus tendencias, de todas sus inclinaciones.

Los sanguíneos y biliosos presentan caracteres semejantes; son esos sujetos exaltados, que se sulfuran por todo y parece que fueran siempre arrastrados por la violencia. Son activos, inteligentes y arrostran las empresas más inconcebibles. Esto nos lo comprueba la historia, sobre todo con respecto a los biliosos, pues se afirma que Alejandro y Napoleón, esas figuras gloriosas que todas las generaciones admiran, eran de ese temperamento. Que régimen educativo ha de emplearse con individuos de estos temperamentos? Es seguro que nada logrará corregirlos o al menos atenuar su carácter, si no es la bondad y el cariño; porque si a su exaltación respondemos de igual modo, no haremos otra cosa que

impacientarlos y aumentar su defecto cada vez mas hasta convertirlos en sujetos inaguantables y poco adecuados para la vida social.

Los nerviosos son individuos de sensibilidad exquisita, a quienes todo les impresiona; son dados al arte y en ese terreno es endonde los tipos de ese temperamento han sido verdaderos genios. El maestro puesto al frente de un alumno de esa índole, debe tratarlo con delicadeza porque su sensibilidad no le permite soportar un tratamiento enérgico y duro. No debe herirse su sensibilidad, debe proporcionársele con suavidad una dosis de energía para hacer desaparecer en el esa timidez natural que lo caracteriza.

Los linfáticos son perezosos e indiferentes, de movimientos lentos y pesantez general. Con esos, a mi juicio, no queda otro camino que tratarlos enérgicamente, hacerlos despertarse, pues parece que en ellos sus facultades duermen.

Queda expuesto a grandes rasgos, el régimen educativo que debe aplicarse, en mi concepto, a los diferentes temperamentos y de donde se colige fácilmente, que en una escuela no puede haber un régimen general educativo sino que, para cumplir con esa difícil tarea que se nos encomienda, es necesario e indispensable hacer una individualización.

ANGELINA BOGANTES

Joven maestra herediana que se dedica con cariño a estudios serios como el que hoy publica CORDELIA. De ella en nuestros próximos números haremos conocer algunas semblanzas de mujeres ideales sacadas de las literaturas sánscritas.

Unas manos que no deseaban ser blancas

A Omar Denzo

—No me *salgás* con eso, por vida tuyita! el Señor le de a uno paciencia con tus cosas, Sebastián! Pero, te *habís* imaginado que nos hemos encontrado la *plata* en la calle para tirarla así? De dónde *sacás* esos *testos*? Parece que estuvieras *vagamundo*.

El torrente de palabras seguía brotando impetuoso de la boca de la robusta campesina que gesticulaba con grandes ademanes, llenando la cocina con su vozarrón de soldadote.

—Ave María! Quién cree? Preferir *andar con bueyes* a ser sacerdote que es un oficio tan decente...! Solo en tu cabeza cabe... Pero el discurso se cortó por uno de aquellos accesos de tos que hacían temblar con un temblor gelatinoso el gran vientre y el seno de la enorme labradora.

Bien lo había imaginado Sebastián al regresar esa mañana a casa, que así recibiría la madre su proposición. Sin embargo se había decidido; porque no podía más con la tristeza que le causaba el pensar que pronto tendría que abandonar el campo. Desde que recordó que las vacaciones tocaban a su fin, el corazón se le acurrucó en el pecho y allí estaba noche y día lamentándose: «ay! Sebastián, hay que volver al Seminario». «Quedémonos, Sebastián, tu nunca podrás con los latines ni las ciencias». Cada año pasaba lo mismo pero este era como nunca. Tener que cambiar su bosque, los potreros, el río, el ganado, por el Seminario con sus

grandes salones sombríos, sus corredores sonoros y tristes, su capilla misteriosa en la que el olor del incienso, de la cera y de las flores se confundía, y con las figuras discretas de los sacerdotes y de los legos deslizándose sin ruido, semejantes a grandes pájaros negros.

Sebastián no quería pensar en esa vida. Las aves del bosque metidas en jaulas, debían sentir lo que el, al verse encerrado entre las paredes grises del Seminario.

Hacia una semana que venía hilvanando las frases que dirigiría a su madre, retocándolas y adornándolas cada vez que las repasaba, para disminuir el mal efecto que la causarían. Se arriesgó por fin, aunque bastante le quiso significar su padre con la mirada de terror que le echara esa mañana, al oír la resolución del muchacho. — Que no *querés* volver al Seminario? Allá con tu *mama*, Sebastián. En eso no quiero ser *complis*.

Sebastián suspiró y miró con lástima la tímida figura de su padre que no era nada en su casa, como no eran nada ni el ni nadie porque todo lo llenaba la madre con su despotismo y su humanidad. Bien sabía el, que era lo peor que se le podía ocurrir, pero no podía su naturaleza sencilla medir hasta que profundidades de la espesa mollera había llegado la disposición esa, ni con que sentimientos de envidia y vanidad de campesina imbécil andaba enredada. Tampoco sabía que constituía el tema de sus fantasías mientras trajinaba y guisaba en la

cocina y de sus ensueños mientras dormía.

Un día que alababan delante de ella los adelantos que hacía en el Seminario un chiquillo que había sido compañero de Sebastián en la escuela del pueblo, se le ocurrió que su hijo podría ir también. Para eso tenían con que. Mas tarde, sus conversaciones con los sacerdotes cuando iba a arreglar algún asunto de su hijo, le sugirieron la idea de que éste tomara esa carrera. Que había que gastar mucho? No importaba: no era el *único hijo hombre?* Y ahora cada día se alegraba más de su disposición.

—Que se estarían figurando esos pobretes de los Moruas? Ella los cargaba en la espalda, sobre todo a María Jesusa, la cuñada del padre Benito Morua, que creía que el mundo era de ella desde que el padre Benito viniera de cura al pueblo. La hubieras visto, Tiano, —decía a su hijo en una ocasión— desde ocho días antes de la Virgen, *rajando* con cuantos podía: que vendrán el padre Mariano y el padre Alfaro, que predicará fray Angel, que talvez vendrán su Ilustrísima y el Presidente, y gallinas por aquí y chompipes por allá; que ella *no daba ya* porque era la del todo; que a ella le tocaba repicar y andar la procesión.

—Uf! Que mujer la tal María Jesusa!

Sí, tenía que bendecir su ocurrencia de meter a Sebastián en el Seminario. Que iba pensar su cabeza de mujer ignorante y grosera en la vocación del muchacho! Sus ojos no podían ver que las miradas de su hijo se iban tras todo lo que se relacionaba con las faenas del campo ni sabían admirar la gallardía que había en su figura cada vez

que empuñaba el arado o levantaba la mano para dejar caer el grano en el surco recién abierto. Ya veían las Moruas y María Jesusa! Y fantaseaba sobre el día de la Virgen de las Piedades, la patrona del pueblo, en que fuera ella y no María Jesusa la que aguardara al padre Fulano y al padre Zutanito y a su Ilustrísima y al Presidente... Cuánto señorón, Dios mío, desfilaba por aquella imaginación de estúpida soñadora! Y ella esperaba la comitiva en la puerta, vestida con una falda de buen merino verde con vueltas de raso rosado—otro de sus sueños!—con un delantal bien blanco, bien engomado y bien aplanchado. Que atareada estaría! Entonces sería ella y no María Jesusa, la que tendría que repicar y andar la procesión!

Y Sebastián tuvo que marchar año tras año al Seminario al cual dejaría de ir cuando tuviese la cabeza tonsurada y pudiese cantar ante el facistol, epístolas y evangelios, cubierto de sobrepellices deslumbrantes.

Pero la murria de este año era más dolorosa que las anteriores. Quien sabe que coqueterías de mujer amante emplearía el campo con el mozo! Lo cierto es que se sentía adherido a él, y querer dejarlo era abandonar lo mejor, lo más noble de su ser.

Por fin, habló: Quisiera no volver al Seminario y quedarme aquí ayudándoles. Yo soy muy rudo para el estudio. Ya el *viejo* está muy cansado y... aquí no hay más hombre que yo!...

El discurso con sus figuras y flores se quedó a *medio palo*, se evaporó al contacto de la mirada de fuego que le dirigió la madre. Su timidez y poquedad de espíritu saltaron sobre la poca energía que ha-

hía reunido. Que iba a hacer el contra aquel torrente de palabras y ademanes iracundos? Y con el mismo gesto de víctima que acostumbraba el padre, inclinó la cabeza.

Sebastián era un mozo de unos 18 años, pero desarrollado con esa precocidad con que lo hacen los campesinos sanos; su figura fuerte, alta, dominada por un rostro rosadote y dorado por los soles que había soportado en las vacaciones, era casi hermoso. Los pantalones recogidos hasta la rodilla y las mangas de la camisa levantadas, dejaban admirar los músculos de acero de las piernas y aquellos biceps de piedra, sus *ratones*, de los que el estaba tan orgulloso. Pero toda la vida llena de fuerza y de salud que brotaba por cada poro, desaparecía al llegar a los ojos de un azul desteñido a los cuales asomaba el alma pusilánime que heredara del padre. Era casi ridículo sino lastimoso ver semejante proyecto de Hércules con su juego de magníficos músculos, mirar temeroso hacia el suelo, mientras el corazón brincaba dentro de su pecho amplio, lo mismo que un ternero asustado.

—Para que dijo nada? Mejor haberse guardado semejante *testo* como decía su madre. Y *de ribete* que había olvidado que la despótica señora no había amanecido de buen humor!

—Bueno, mamita, no se enoje, era un decir no mas, murmuró contemplando con dolor sus patatas llenas de tierra que bien pronto habría de encerrar dentro de los gruesos zapatos que constituían su mayor tormento y la diversión favorita de los compañeros de dormitorio allá en el Seminario. Oh! *las guabas* de Sebastián eran célebres entre aquellos traviesos muchachos.

Por la puerta abierta de la cocina entraba la espléndida luz de la mañana. La mirada apagada de sus ojos se perdió en la inmensidad del paisaje enmarcado en el hueco de la puerta: perspectivas de montañas azulinas, potreros medio secos, los plantíos verde claro de los cañales y casitas sembradas aquí y allá, con columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. Aspiraba ávidamente, con las alas de la nariz temblorosas los olores que venían del campo: el perfume de lugar sagrado del bosque, el sabroso del heno seco; el olor del café que se secaba en el patio, el acre del estiércol que llegaba del corral y el perfume exquisito de la flor de *dama* que escarchaba los árboles.

Ay! que esos paisajes y esos olores tendría que dejarlos, pensó con pesadumbre, y el corazón se le fue por entre los potreros y a través del bosque que amaba tanto.

No pudo contener el hondo suspiro que hizo huir asustadas a las gallinas que andaban picoteándole en los pies los insectillos que se les habían adherido al pasar por el breñal.

Ocho días después, en una fresca mañanita de marzo, Sebastián, al trote de su mansa cabalgadura, caminaba en dirección a la ciudad. Llevaba un nudo en la garganta y el corazón hecho un puño. En una encrucijada encontró al primo Tomás que iba con su carreta al bosque a traer leña.

—Te vas ya Sebastián?

—Sí, hombre. Adios. Y su voz era temblorosa como agua que corre.

—Que Dios te lleve con bien— dijo con acento cariñoso Tomás.

Sebastián no avanzó. Se detuvo

en la boca de la encrucijada hasta que no percibió el traqueteo de la carreta. Sus ojillos azulosos estaban llenos de lágrimas.

En su interior había la visión del bosque que él había explorado en todos sus escondrijos y profundidades, tan bello y tan misterioso, con sus árboles enormes, llenos de murmullos, sus lianas fantásticas y las umbrías frescas. Ah! el bosque! con aquellos sus ruidos tan de él; el sugestivo golpe del hacha al caer sobre un tronco, el quejido de alguna rama desgajada, la música profunda del viento entre el follaje y de cuando en cuando la flauta de los jilgueros o el canto lastimero de las palomitas moradas que llenaban la espesura de melancolía.

Sebastián continuó su marcha.

Las casas no iban ya en procesión una detrás de otra: había largos espacios sin ellas. Parecía que se iban quedando rezagadas. En casi todas las casas, las cercas de piedra o los troncos de *poró* estaban adornados con macizos de guarías florecidas y sus flores casi moradas, hacían pensar en las alegrías tranquilas de los humildes hogares que adornaban.

Los ojos de Sebastián, paseaban ansiosos por uno y otro lado del camino, como si quisiese beberse los paisajes que le salían al paso.

Cuando llegó a la última casa, se volvió: en el fondo del valle quedaba el pueblecito con las casas encajadas de azul y blanco. El pequeño templo se elevaba sobre las demás construcciones y a la imaginación romántica de Sebastián, le pareció la torrecilla blanca, un brazo cariñoso que se levantaba diciéndole adios. Las campanas llamaban a misa y sus repiques volaban a través del aire puro de la mañana azul. Adios,

adios, adios, creía que le decían mientras se alejaban cual bandadas de pájaros alborozados sobre la quietud de los campos. Los potreros se extendían a los lados del camino, secos y adormecidos. Entre la hierba se sentían zumbidos de insectos y entre el encaje de las ramas, los pájaros cantaban. Y allí estaba la última vuelta del río que dejaba ya el camino para tomar otro rumbo.

Sebastián se sentía mas abandonado: hasta allí le pareció que iba acompañado de un viejo amigo y el murmullo de sus aguas era para su corazón como palabras cariñosas que calmaban su tristeza. Ya no vería por mucho tiempo su corriente cristalina y pura.

De todas las cosas sentía que se desprendía un vaho de tristeza y desaliento infinitos. Volvió la cabeza por última vez. De las ramas de un grupo de árboles que impedía la vista del caserío, pendían, negros y feos, unos nidos de oropéndolas.

Se pensaba al verlos en lágrimas que caían lentamente.

Otra vez la vida del Seminario con aquellos latines, gramáticas y ciencias que tanto trabajo costara a Sebastián hacer entrar en su cabeza. Otra vez los despertares a campanazos, en el gran salón, con la monotonía de sus lechos de hierro pintados de negro y con cobertores rojos, y alumbrado por la luz cenicienta del amanecer de las ciudades. Nada de montañas, nada de potreros ni de árboles. Todo se reducía a perspectivas de paredes de piedra o de ladrillo, adornadas algunas con mascarones y follajes de yeso, mares de tejados negruzcos o de zinc. Una que otra matuja

creciendo en los intersticios y el surtidor que en el centro del vasto patio enlozado, elevaba hacia el cielo el ramillete de cristal de su agua cantadora, eran las únicas notas frescas que acariciaban los ojos en aquel recinto. Cuando comenzaban las lluvias y los yigüirros llenaban de armonías los *solares* vecinos, llegaba para Sebastián una época de verdadero suplicio: el olor sabroso de la tierra recién mojada, lo hacía sentir una nostalgia profunda, un deseo doloroso de volar a sus campos y en ellos embriagarse con aquel olor de vida. Recostado en una columna, miraba con ojos vagos los juegos de sus compañeros. Deveras estaban alegres? Deveras tenían deseos de correr y de gritar? Lo creía imposible porque lo que era a el se le habían escapado la fuerza y la alegría al atravesar el sombrío umbral del Colegio. Se sentía como un nido vacío.

Y decir los ensueños en que lo sumían las bisagras herrumbradas de la puerta de uno de los salones de clase, al abrirse o al cerrarse! Producían un sonido dulce, metálico, tan parecido al canto de los jilgueros en la montaña!

El profesor daba la lección de latín. Aquella horrible declinación que hacía sudar a Sebastián! *Terrae, terrarum, terris*, repetía por centésima vez sin lograr pasar de allí.

En todo el recinto reinaba una gran tranquilidad y el silencio era interrumpido de vez en cuando, ya por la voz grave de un profesor, o la fresca de un muchacho, ya por el paso discreto de un fraile con su ruido de sotana o por la algarabía que a ratos formaban los comemaices en el tejado. El rumor

del surtidor había acabado por confundirse con el silencio.

El pobre Sebastián con la cara entre las manos y los ojos terriblemente fijos en el profesor trataba de seguir la odiosa declinación.

Desgraciadamente un compañero dió un golpe en un diapason y un *la*, quedó vibrando, quejumbroso y lánguido en medio del silencio.

No es esa la nota en la que se quejan las palomitas *yurés* en el bosque?—pensó Sebastián. Y ya no pudo detener su imaginación que salió volando por la ventana hacia la amada tierra. Ya no hubo para el mas declinación, sino un desfile de cuadros: el bosque misterioso y fresco, el golpe lejano de una hacha en algún árbol y el quejido de las palomas moradas, tan triste y tan dulce. Después pensó:

De que tamaño estará ya el maiz que dejé sembrado? Y sus ojos tuvieron ante ellos el inmenso cuadro de su maizal en el que cada *mata* tenía el aspecto de un joven cillo de quince años. Hasta le pareció ver cómo el viento abría surcos en aquel mar de un verde claro, y oír el rumor de sedas que dejaba al acariciar las largas hojas. El maizal se desvaneció...

—Tendrían ya cría «la siete», «la chumeca» y «Mariquilla»? Seguro, porque les tocaba por este tiempo. Y ojalá fuesen terneras... Pronto le escribiría a Tomás para que le contara.

Ahora ocupaban el lienzo de su imaginación las grandes y noblotas cabezas de las vacas, que lo miraban con sus ojazos húmedos y tiernos: la una con un siete blanco muy bien dibujado en medio de la frente; la otra negra y sin cuernos y la «Mariquilla» la alazana, inquieta y juguetona.

También pasaron su yegua melada, su potro negro y por fin sus adorados bueyes. En ellos recreó largo tiempo su pensamiento. Cuánto los quería! Si, los quería tanto que muchas veces en sus épocas de vacaciones, cuando hacía largas jornadas con ellos, olvidaba su fatiga y su hambre, por calmar la de sus buenos animales. Primero ellos que yo—se decía en tales casos. En aquel momento debían estar bajo el roble del potrero, rumia que rumia. Ah! El potrero! desde el cual se veía la casita de Cecilia, en una loma. Cecilia! Y una carilla dulce y linda, con ojos verdes que parecían flores de *chicoria* encerradas entre la franja de pestañas negras, le sonreía en medio de las bandas de cabellos oscuros, recogidos en dos trenzas que le caían por la espalda. Cecilia! Pero... que tonto era!

—Es con usted el plural—dijo la voz gangosa del profesor, luego que un codazo del compañero hizo a Sebastián volver de sus ensueños.

Ah! Que lejos estaba! Y con acento tembloroso y lleno de duda comenzó a recitar: terra, terrarum, terris...

Hay lecheras dichosas cuyo cántaro no se quiebra.

La madre de Sebastián era una de estas. Sus ensueños se cumplían. He aquí que gracias a la intervención de sus monedas de oro, el padre Benito se había ido a otro curato y el padre Sebastián vino a reemplazarlo. La vigorosa figura del muchacho se había suavizado al contacto de las manos del estudio y de la oración. El rostro y las manos que el sol antaño curtiera y dorara, se habían tornado blancos y pálidos. Era una figura triste: se sentía

pena al verlo recorrer las calles del pueblo, encorvado y envuelto en su sotana negra. Ahora su cabeza estaba tonsurada y sus grandes manos eran blancas, sedeñas y olían a incienso.

Su primera misa en el pueblo fué un acontecimiento.

Pobres Moruas! Pobre María Jesús! Hecha un brazo de mar, vestida con la falda de buen merino verde con adornos de raso y envuelta en un gran pañolón negro, bordado en colores, la madre de Sebastián estaba arrodillada en su banco, dejando caer sobre todo el mundo miradas de triunfo. A su lado desaparecían las tímidas figuras de sus dos hijas y la de su esposo.

—No veis allí a mi hijo—parecía decir—que canta la misa, haciendo de preste, con un diácono y un subdiácono a los lados? Quién sabe que ideas de grandeza le sugería la vista de su hijo entre los dos sacerdotes.

En cuanto a Sebastián, muy lejos estaba de sentirse contento. Cuando se acercó al altar y su voz cantó el *Introito*, experimentó un profundo desaliento. Que inútil le pareció su vida, al sentirse haciendo todos aquellos ademanes y genuflexiones litúrgicas! Dios se lo perdonara, pero cuántos deseos tenía de morir! Durante la ceremonia, mientras estuvo sentado, no pudo impedir a sus ojos que mirasen a través de la gran ventana que se abría en la pared del ábside, el cielo azul por el que volaban pequeñas nubes blancas. Esta visión llevó su pensamiento fuera del templo. Su vida futura se presentó ante él, así, olorosa a incienso, llena de aquellos ademanes solemnes, a los cuales aun no se acostumbraban sus manos torpes que tanto amaban

el arado, y de aquellos cantos graves. Mientras el armonium inundaba el recinto con su música sagrada y triste, recordó que esa mañana, muy temprano, había ido a pasear solo al campo. El olor que se siente por las mañanas entre las arboledas, lo embriagaba, le llenaba el corazón de un sentimiento indefinible! Anduvo a la ventura, a través del bosque y de los terrenos ya listos para la siembra. Encontró a los Quesadas que habían madrugado, acabando de arreglar su campo.

Cuánto le conmovió el cuadro que viera! La fuerte figura del viejo *ñor* Quesada, se destacaba majestuosa sobre el fondo luminoso del cielo. Se había apoyado en su azada, y con el viejo sombrero de paja en la mano y la cabeza inclinada, se puso a orar. La brisa jugueteaba con su gran barba y con su larga cabellera plateadas. Al verlo así, Sebastián pensó en un añoso tronco del bosque que se levantaba coronado de césped, el cual amanecía muchas veces lleno de escarcha. En mas de una ocasión se extasió contemplando como jugaba el viento con las largas y suaves guedejas de aquel césped blanqueado por la escarcha. Al lado del viejo, Melis y Juan, sus hijos, robustos y hermosos, oraron también quitándose sus sombreros, con las frentes inclinadas hacia la buena tierra cuyo seno iban a abrir, pero del cual no brotaría mas que amor. Junto a ellos, los bueyes inmóviles, miraban el campo con sus ojos inocentes. Un pajarillo atrevido que venía desgranando a través del aire de la mañana bella sus gorjeos de cristal, se había posado un momento sobre el cuerno de un buey y luego emprendió su vuelo, sin cerrar el pico. Tan pronto como terminaron la ora-

ción, dieron principio a la labor: el anciano guiaba la yunta, Melis seguía el arado y detrás Juan, casi un chiquillo, levantaba la mano y dejaba caer el grano. Los jilgueros cantaban en el bosque cercano y las piapias pasaban alborotadoras, rasgando el velo de paz que caía del cielo sobre el campo.

Ay! El recuerdo de ese cuadro llenaba de dolor su corazón. Cuan repleto de amor y de vida le parecía el ademán de Juan al dejar caer el grano y cuan inútiles los suyos al lado del altar. Y Juan era un niño y el un hombre! Otras manos sembrarían sus tierras que el amaba con toda su alma. Con pena contempló sus manos blancas, sedeñas. Oh! sus manos que podían como las de Melis Quesada, estar empuñando el arado y ser también callosas y ásperas!

Sus ojos tropezaron con la mirada triunfante de su madre y algo parecido al odio pasó por su corazón. Pero alarmado inclinó la cabeza y oró... y en sus ojillos azules tembló una lágrima.

El padre Sebastián se paseaba por el corredor que había a la entrada de la casa cural. Llevaba su cuerpo joven inclinado hacia la tierra. Pobre Sebastián! Las alas de la alegría habían volado de su espalda desde hacía varios años, y el desaliento con su carga de plomo era quien pesaba ahora sobre ella. La sotana negra le hacía parecerse a un lúgubre pájaro negro.

Al frente quedaba la casa de Tomás. En la tranquera, la esposa lo aguardaba. Había sido compañera de infancia de Sebastián. Era joven, hermosa y la salud brotaba hecha rosas por sus mejillas; su

vientre muy desarrollado hizo a Sebastián pensar dulcemente que dentro de él se agitaba una nueva vida.

Tomás volvía por el camino con su carreta, dentro de la cual brincaba y gritaba un grupo de niños de diferentes edades, rubios y sonrosados: eran los hijos que habían ido por el padre al campo. Aquel cuadro llenó de tristeza el alma de Sebastián. Por que? Vamos! Que tonto era!

Por el lado opuesto, Cecilia, la cuñada de Tomás, caminaba cimbreando su busto gallardo de campesina sana. Su cuerpo se destacaba sobre el lienzo luminoso del poniente, con la tinaja en la cabeza, llena de gracia y armonía. Se pensaba viéndola en la dulce figura de la Raquel bíblica. Ah, Cecilia, la suave doncella que amenudo había sonreído entre los sueños del Sebastián adolescente. Podía olvidar sus inocentes fantasías con la

casta niña que siempre aparecía en ellas, sonriéndole con sus ojos verdes que hacían pensar en las florecillas de chicoria que adornan los potreros, y tan encantadora con sus trenzas oscuras cayendo melancólicas por la espalda?

—Oh!, pero sus sueños y sus fantasías! A que pensar en ellos si huyeron al verlo con aquellos ademanes hieráticos y sus manos suaves olorosas a incienso?

—Buenas tardes, Sebastián.

—Buenas te las de Dios, Tomás. Dónde vas con esa carretada de flores?—Que triste era su voz!

La madre de Sebastián, pesada, cada día mas cargada de carne, salió sonriendo con su sonrisa imbecil y el sintió que la odiaba como el día de su primera misa. Pero como aquel día su alma débil sintió temor e inclinando la cabeza oró con lágrimas en los ojos.

CARMEN LIRA

Amor

Yo lo soñé impetuoso, formidable y ardiente;
hablaba el impreciso lenguaje del torrente;
era un mar desbordado de locura y de fuego,
rodando por la vida como un extraño riego.

Luego soñélo triste, como un gran sol poniente
que dobla ante la noche la cabeza de fuego;
después rió, y en su boca tan tierna como un ruego,
sonaba sus cristales el alma de la fuente.

Y hoy sueño que es vibrante, y suave, y riente, y triste,
que todas las tinieblas y todo el iris viste;
que frágil como un ídolo y eterno como Dios,

sobre la vida toda su majestad levanta:
y el beso cae ardiendo a perfumar su planta
como una flor de fuego deshojada por dos...

El intruso

Amor, la noche estaba trágica y sollozante
cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
luego, la puerta abierta sobre la sombra helante,
tu forma fue una mancha de luz y de blancura.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante;
bebieron en mi copa tus labios de frescura,
y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
me encantó tu descaro y adoré tu locura.

Y hoy río si tu ríes, y canto si tu cantas;
y si tu duermes duermo como un perro a tus plantas;
hoy llevo hasta en mi sombra tu olor de primavera;

y tiemblo si tu mano toca la cerradura,
y bendigo la noche sollozante y oscura
que floreció en mi vida tu boca tempranera!

Desde lejos

En el silencio siento pasar hora tras hora,
como un cortejo lento, acompasado y frío...
Ah! cuando tu estás lejos mi vida toda llora,
y al rumor de tus pasos hasta en sueño sonrío.

Yo se que volverás, que brillará otra aurora
en mi horizonte grave como un ceño sombrío;
y asustará a los pájaros mi gran risa sonora,
mas limpia y mas alegre que el gran cristal del río!

Un día al encontrarnos tristes en el camino,
yo puse entre tus manos pálidas mi destino...
Y nada de mas grande, mi bien, pude ofrecerte!

Mi alma es frente a tu alma como el mar frente al cielo:
pasarán entre ellas, tal la sombra de un vuelo,
la Tormenta y el Tiempo y la Vida y la Muerte!

DELMIRA AGOSTINI

Montevideo, 1908.